

Introducción

Los Herodes constituyen cuatro generaciones de reyezuelos del antiguo Oriente. El fundador de la dinastía es Herodes el Grande, citado en los evangelios como el gobernante del país cuando nace Jesús (Mt 2,1; Lc 1,5). El evangelio de Mateo es el que se explora más sobre el carácter astuto y receloso del personaje y su actuación sin escrúpulos (Mt 2,3-21).

El sucesor de Herodes en Judea fue su hijo Arquelao, también citado en el evangelio en tono censurable (Mt 2,22), mientras que en Galilea lo fue su otro hijo Herodes Antipas, quien figura repetidamente en los textos evangélicos como el causante de la prisión y muerte de Juan Bautista (Mt 14,1-12; Mc 6,14-29; Lc 3,19-20; 9,7-9) y como personaje distante y sospechoso respecto a la figura de Jesús (Mc 8,15; Lc 13,31-33; 23,5-12). El tercer hijo, Filipo, que gobernaba amplios territorios en el Alto Jordán y más allá del lago de Genesaret, aparece también mencionado en el evangelio (Mt 16,13; Mc 8,27).

El representante de la tercera generación es Herodes Agripa I, del que se habla en el libro de los Hechos de los Apóstoles como perseguidor de los cristianos, al ordenar la muerte del apóstol Santiago el Mayor y la prisión de Pedro (Hch 12,1-19). El juicio que el autor de esta obra emite acerca de este personaje de la dinastía herodiana es muy negativo (Hch 12,20-23). Por el contrario, ese mismo libro bíblico se refiere a Herodes Agripa II, hijo del anterior y, por tanto, representante de la cuarta generación dinástica, y lo hace de forma mucho más comprensiva y casi hasta elogiosa (Hch 25,13-27; 26,1-32). Agripa II escucha en Cesarea un discurso de Pablo no sin cierta complacencia, proclama ante el gobernador romano la inocencia del apóstol, a quien llega a decir estas palabras más o menos en serio: «Por poco me convences para hacer de mí un cristiano» (Hch 26,28).

Pero al margen de todas estas citas bíblicas, que resaltan la relación directa de la dinastía herodiana con la persona y obra de Jesús, nuestras noticias sobre esos personajes y otros de su familia aquí ahora no mencionados son extraordinariamente abundantes, gracias a Flavio Josefo, el conocido historiador grecojudío del siglo I d. C., ya que ocupan una parte importante en sus tres obras: *La Guerra Judía*, *Antigüedades Judías*

y *Autobiografía*, las cuales han llegado hasta nosotros en su integridad. Aparte de Josefo, hay otras referencias a los Herodes en historiadores y autores de época romana, como Filón de Alejandría, Tácito, Dión Casio, Plutarco, Suetonio, Estrabón y otros.

Conociendo con bastante profundidad a las personas de esa dinastía reinante y teniendo amplios datos sobre su actuación, contamos con una base sólida para adentrarnos en el medio ambiente en el que se desarrolla el origen del fenómeno histórico cristiano. Pero una historia fundada sólo en acontecimientos personales y hechos políticos, por muy importantes que sean, es completamente insuficiente para las exigencias de la historiografía moderna, que trata de conocer más a fondo la naturaleza y estructura de la sociedad, su grado de desarrollo económico y la madurez del proceso cultural en que se ve envuelta. Los datos, que las propias fuentes históricas antiguas nos brindan al presentar los avatares políticos del momento, resultan ya una aportación básica bastante sólida para abrirnos paso en este mundo del conocimiento histórico al que nos referimos.

Afortunadamente, el ritmo de la investigación arqueológica en ese país durante la última centuria ha sido acelerado y muy exigente desde el punto de vista científico. Así, se ha logrado acumular una enorme cantidad de datos fidedignos sobre la vida de las gentes, que abarcan no sólo la tipología y estructura de ciudades y poblados, sino que nos ilustran sobre las condiciones y formas de vida, igualmente acerca de las fuentes de la economía, tanto en el aspecto agrario como industrial, y su tipo de explotación, así como del grado de desarrollo técnico, etc. A esto hay que añadir que los estudios realizados no sólo nos aportan datos sobre el conjunto del país, sino que señalan diferencias significativas entre unas regiones y otras, dato este muy importante para entender el movimiento migratorio de la población, descubrir los focos de atracción y profundizar en las diferencias económicas y en sus causas, así como para descubrir igualmente los distintos estratos sociales de la población y su trayectoria a través del tiempo.

Sólo así nos será posible tratar de reconstruir con coherencia el panorama histórico y el medio sociopolítico en que tuvieron lugar los avatares de la dinastía de los Herodes, durante los cuales la historia nos habla de la vida corta de un personaje singular, Jesús de Nazaret, destinado a cambiar la trayectoria histórica de la Humanidad con la implantación de un movimiento religioso —el cristianismo—, que precisamente se inicia en el territorio de Israel-Palestina en aquellos mismos años y en cuyo desarrollo intervinieron de una forma u otra algunos de los miembros de aquel linaje real.

De este modo, aunque Jesús no sea el objeto directo de nuestra atención, él y los suyos saldrán constantemente en esta obra, y podrán ser contemplados desde una perspectiva histórica seria, encajados en su verdadero mundo, que si, por una parte, condiciona y matiza el carácter de su actividad religiosa, por otra, pone más de relieve el valor de su singularidad como un acontecimiento o, si se quiere, un fenómeno irrepetible en la historia de la Humanidad, abierto a la trascendencia que el lector quiera darle desde sus propias convicciones o creencias.

3

La obra colosal de Herodes

A Herodes se le conoce en la historia como «El Grande». El origen de este apelativo se encuentra en un texto de Flavio Josefo (*Antiq.* XVIII, 5, 4), en que se habla de la dinastía herodiana y donde por dos veces se le llama así, para distinguirlo de los demás miembros de su familia. La palabra griega *o Megas*, el Grande, ha podido en este caso aplicarse a Herodes, según creen algunos autores, simplemente por el hecho de que este personaje era cronológicamente «el mayor» de su linaje, frente a los otros Herodes, sus descendientes, que siguieron llevando este nombre. Más acertado parece considerar tal expresión, referida a este Herodes, como reconocimiento de ser el rey más importante de la dinastía, distinguiéndole así de los demás, sin que por ello se trate de atribuir a Herodes I un título especial de grandeza histórica en el ámbito universal, como en el caso de Alejandro Magno o Carlomagno por ejemplo. De cualquier forma, es indudable también que Herodes el Grande se vio revestido de una cierta magnificencia, que su obra de gobierno fue eficaz y que en sus días el país, dentro de sus dimensiones, alcanzó verdadera grandeza. Debe, pues, mantenerse el título, como algo que caracteriza históricamente al personaje, pese a todas las miserias humanas que hemos contemplado en el capítulo anterior.

Habíamos dicho en su momento que Tierra Santa o Israel-Palestina se llamaba *Judea* en la época de Herodes, y que era un país mediterráneo ni mejor ni peor desde el punto de vista económico, que la media de las provincias romanas de la cuenca de ese mar. Sin embargo, cuando Herodes comenzó a reinar, las incesantes guerras que venía padeciendo desde hacía mucho tiempo, con lo que ello supone de destrucción, gasto militar, inseguridad para el comercio y abandono de la productiva vida rural, habían ido esquilmando a la nación de los judíos. Si a esto se unen las

exacciones a que la sociedad había sido sometida por sus líderes, con el fin de poder comprar la benevolencia de los romanos, nos encontramos con un panorama verdaderamente desolador. Pero los más de treinta años de paz casi completa que supuso el reino de Herodes y la razonable seguridad que se vivió entonces en toda la frontera oriental bajo el imperio de César Augusto, permitieron la recuperación económica de Palestina.

Bien es cierto que por entonces se registraron algunas catástrofes naturales que pusieron a prueba la buena marcha del desarrollo económico. Una de ellas fue el gran terremoto registrado en el país en la primavera del año 31 a. C., que ocasionó, además de notables destrucciones, la muerte de unas 30.000 personas y de una enorme cantidad de ganado, así como la amenaza de una invasión de los árabes de Transjordania aprovechándose del desconcierto. Pero todo fue sabiamente controlado por Herodes, y, como ya hemos indicado con anterioridad, los nabateos acabaron siendo severamente castigados en las proximidades de Filadelfia (Ammán).

La otra importante catástrofe fue la hambruna que se produjo hacia el año 25-24 a. C. con motivo de una cosecha desastrosa debida a la sequía, que además acarrió la extensión por el país de un brote de peste maligna. Ante tal adversidad, Herodes se comportó de una manera honesta y eficaz. Se deshizo de gran parte del tesoro real, incluyendo adornos y vajillas de oro de su palacio, y con el dinero consiguió que Petronio, prefecto de Egipto, enviara a Tierra Santa abundante cantidad de trigo, que alivió la situación, salvó muchas vidas e incluso permitió enviar alimento a las poblaciones limítrofes de Siria, aquejadas de la misma calamidad.

Una de las características de la extraña personalidad de Herodes el Grande fue su afición desmedida a la construcción, hasta constituir en él una verdadera obsesión que le obligaba sin tregua a levantar palacios, renovar ciudades y realizar obras de proporciones gigantescas. Especialmente a partir del año 25 a. C., todo el reino de Judea se convirtió en una inmensa obra abierta, donde trabajaban cientos de técnicos y miles de obreros dedicándose incansablemente a legar a la posteridad las muestras de grandeza y desafío del poder de Herodes I.

La inversión económica que se hallaba detrás de la transformación material del reino, especialmente en sus ciudades, era un indudable síntoma de que el Estado se sentía progresivamente más fuerte y con mayores recursos económicos al reactivarse el comercio, la agricultura y la industria. Pero, a su vez, la creciente actividad constructora constituía en sí misma una fuente económica notable para el propio país, al obligar a desarrollar una serie de industrias paralelas que proporcionaran los materiales exigidos para obras tan importantes y variadas, a la vez que ofrecía trabajo bien remunerado a brigadas enteras de obreros. Todo esto repercutía favorablemente en la economía de una nación en la que se empezaba a manejar más dinero, y ello llevaba consigo inversiones de todo tipo en pequeñas y grandes empresas.

Las ciudades

Herodes trató de desfogar su obsesión constructora reedificando ciertas ciudades, a las que cambió por completo no sólo su aspecto material, sino hasta su misma denominación. Y nada más apropiado en los tiempos que corrían, que dedicar esas nuevas joyas urbanas a su protector César Augusto, dándoles su nombre, lo que sin duda supondría para él un halago. Este truco no lo había inventado Herodes, sino que era una costumbre que se estaba divulgando en todo el imperio romano y que tenía ya precedentes en la historia romana, como en el caso de la ciudad hispana de Pompaelo (Pamplona), fundada por Pompeyo, y la Pompeiópolis del Ponto. Por supuesto, en el mundo helenístico era una práctica conocida, y prueba de ello son las ciudades de Alejandría, Ptolemaida y Seleucia. En los años en que Herodes barajaba sus planes, en Hispania se fundaba la Colonia Caesar Augusta (Zaragoza) y la «Ciudad de Julio (César Augusto)», es decir, Iulióbriga (Retortillo de Reinosa). Por entonces o poco después vemos ya a Caesaróbriga (Talavera de la Reina) y a Augustóbriga (Talavera la Vieja), entre otras, sin olvidar casos similares en las Galias y en la propia Anatolia.

En la costa mediterránea de Palestina había un puerto llamado Torre de Estratón, que había sido entregado a la jurisdicción de Herodes por el emperador. Como se sabe,

Palestina carece de buenos puertos naturales, si exceptuamos el de Acco (San Juan de Acre) y el de Haifa, éste último relativamente moderno, debido a las constantes modificaciones que originaba la desembocadura del río Nahal Qishon. Los demás puertos, como Dor, Joppe y Ashkelón, no reunían buenas condiciones y a veces resultaban incluso peligrosos para el tráfico marítimo cuando las condiciones no eran favorables. Como Acco —que entonces se llamaba Ptolemais o Ptolemaida— no pertenecía a la jurisdicción de Herodes, éste decidió construir en la costa un gran puerto artificial que asegurara con regularidad las funciones de atraque de las naves para la carga y descarga de las mercancías, lo que constituiría la clave para el desarrollo comercial del reino.

Partiendo de la base de que en cualquier caso era necesario realizar una gran obra de ingeniería, se imponía la elección del lugar más adecuado. ¿Por qué Herodes escogió Torre de Estratón y no otro de los puertos más al sur, como Joppe, que ya funcionaba por entonces como el puerto principal del reino? Pensamos que la elección de Torre de Estratón, al sur de Dor y del Carmelo, estaba en fun-

5. Teatro de la antigua ciudad de Cesarea del Mar, restaurado para las representaciones actuales.



ción de hallarse lo más cerca posible de Galilea y Samaría, que eran las zonas de mayor tráfico comercial, conectando más directamente con las ciudades de la Decápolis por donde llegaban los productos de Oriente. Por el contrario, Joppe, que era un puerto relativamente cómodo para los habitantes de Jerusalén, se hallaba desplazado de las más concurridas vías de comunicación, que venían por el norte, y relegaba en parte a la montaña de Judá, separada de Transjordania por el desierto.

El hecho es que, hacia el año 22 a. C, comenzaron las obras espectaculares del nuevo puerto del reino. En adelante ya no se llamaría Torre de Estratón, sino que recibiría una denominación que celebrara el nombre del emperador. La nueva ciudad y su puerto se llamarán *Caesarea* (gr. *Kaisáreia*). Aunque en la antigüedad siempre conservó este nombre y sólo eventualmente se la denominó también Cesarea de Palestina o incluso Cesarea de Estratón, en los tiempos modernos se ha generalizado la expresión Cesarea del Mar o Cesarea Marítima, para distinguirla de la otra Cesarea palestina, más conocida como Cesarea de Filipo. El nuevo y grandioso puerto fue construido al sur de la antigua ensenada donde estaba el puerto de Torre Estratón y recibió el nombre de *Sebastos*, que es la palabra griega que equivale a la latina *Augustus*. Por lo que sabemos, tanto a través de Flavio Josefo como de las investigaciones arqueológicas sobre todo submarinas, se trataba de una obra colosal de ingeniería, la última palabra de la técnica de entonces, siguiendo las normas de Virubio en su tratado *De Architectura*, publicado por aquellos años. Herodes quiso e impuso que el de Cesarea superara en todo al famoso puerto del Pireo en Atenas, que se consideraba como emblemático entre los puertos del Mediterráneo oriental. En realidad, Sebastos comprendía tres puertos, el más importante de los cuales estaba construido en mar abierto, pudiendo considerarse los otros dos como dársenas interiores secundarias.

Las dimensiones del gran puerto eran de medio kilómetro de longitud por unos 270 metros de anchura. Josefo habla de que los cimientos de los malecones estaban asentados bajo el mar a una profundidad de 20 brazas, es decir, unos 35 metros. De cualquier forma, las oscilaciones epirogénicas que ha sufrido esta costa en un período geológico tan

pequeño como el representado en estos últimos dos mil años, han sido tan grandes debido a la actividad sísmica de esa zona, que resulta controvertido todo lo que se refiere a la determinación de los cambios locales del nivel del mar.

Estaba formado por un gran malecón al sur defendido de los embates de la mar por un rompeolas a sus pies. Después giraba casi en ángulo recto. Al muro del sur se contraponía otro gran espigón por el norte. La bocana del puerto, de unos 100 metros de anchura, se hallaba precisamente en el extremo oeste de tal muelle, bien resguardada de los recios y peligrosos vientos del suroeste. Estos grandes malecones tenían una anchura de unos 60 metros y comprendían, además del rompeolas, una muralla con torres, que hacia el interior del puerto albergaba una amplia área porticada para distintos servicios del puerto. A continuación se hallaba lo que era propiamente el muelle de carga y descarga. La bocana poseía una alta torre probablemente para faro, a mano derecha del navío que entra al puerto. A la mano izquierda de éste se levantaba otra gran torre, aunque de menor altura, y en conexión con ella los pedestales de tres estatuas colosales que emergían del mar. La torre-faro se llamaba Druso, en honor al hijastro de Augusto, hermano de Tiberio.

En cuanto a la técnica, Josefo nos habla de enormes sillares y, en efecto, éstos se han hallado en las proximidades de la boca del puerto. Pero la importante novedad, que nos han descubierto las investigaciones submarinas en la zona, es la utilización de inmensos bloques anclados en el fondo marino de lo que podríamos llamar hormigón fraguado en encofrados de madera. Se trata de un conglomerado de grava caliza, tierra y cenizas volcánicas traídas de los alrededores del Vesubio en Italia. Hay bloques de 15 por 12 metros. La gigantesca obra debió ser inaugurada hacia el año 10 a. C., y ello supuso una considerable aportación a la economía del país, que se convertía en uno de los puntos clave del comercio de Oriente.

A su vez, durante esa decena de años se fue levantando la nueva ciudad, cuya extensión sería superior a 150 hectáreas y con una población que puede estimarse tal vez en unos 80.000 habitantes, la mayoría de ellos no judíos, aunque ciertamente existía allí un importante barrio judío. Especial relevancia tenían los lugares para espectáculos públicos, co-

6. Augusto como emperador arengando a sus legiones. Escultura hallada en Porta Prima, Roma, y conservada en el Museo Vaticano.



mo el teatro para 4.000 espectadores, el anfiteatro y el hipódromo. Precisamente para celebrar la construcción de la ciudad y su puerto, Herodes inauguró unos juegos olímpicos quinquenales, coincidiendo con la olimpiada 192, de acuerdo con su obsesiva idea de competencia con Grecia. Además de las competiciones atléticas, organizó concursos de música y poesía, pero la novedad fue añadir a estos eventos los espectáculos típicos de Roma, como las luchas de gladiadores y los combates con fieras. Las carreras de carros y caballos formaron parte principal de estas fiestas. Así nos es descrito por Josefo el festival de la inauguración:

«Dedicó el espectáculo al emperador, y determinó que se celebrara cada cuatro años. Pagó con sus bienes todos los gastos de este festejo, a fin de que fuera más elogiada su liberalidad. Julia, esposa de César, cuidó que se enviaran desde Italia muchas cosas que eran tenidas en gran estima, para que nada faltara al debido esplendor. El gasto total no fue inferior a quinientos talentos. Se concentró una gran multitud en la ciudad; Herodes proporcionó alojamientos, banquetes y diversiones a las legaciones procedentes de diversos pueblos. Durante el día disfrutaban de los espectáculos, por la noche de diversiones de un lujo costoso; se hizo famosa la liberalidad de Herodes. En todo lo que se proponía hacer, se esforzaba por superar lo realizado anteriormente» (*Antiq.* XVI, 5, 1).

Estos juegos en honor de Augusto se celebraban no sólo en Cesarea, sino también en la propia ciudad de Jerusalén, sin duda con gran escándalo de los judíos ortodoxos. Pese a la indudable competencia con las olimpiadas de Grecia que suponía la creación de estos nuevos juegos, Herodes quiso también figurar como patrono de aquellos, aportando para ello sumas de dinero con el fin de que no decayera su esplendor, y asistiendo al menos a uno de tales juegos, en el que ocupó el cargo de *agonoteta* o presidente.

La otra gran ciudad, totalmente renovada por Herodes y dedicada también a César Augusto, fue la antigua Samaría, cuyo nombre se cambió ahora por el de *Sebaste* (= Augusta). Situada en la montaña de Efraím, había sido durante mucho tiempo la capital del reino norte de Israel. La ciudad fue destruida por Juan Hircano en el 108 a. C. y había sido empezada a reconstruir en los tiempos de Pompeyo y de Gabinio. Ahora, como ya hemos visto, Samaría pasó a la jurisdicción de Herodes, y éste llevó a cabo su reconstrucción total, embelleciéndola con magníficos edificios. La rodeó de una sólida muralla que encerraba un espacio de casi 90 hectáreas. La puerta principal se hallaba al oeste y estaba flanqueada por sendas torres circulares. De aquí partía la calle principal de casi 1 kilómetro de recorrido. Sebaste fue dotada de un buen foro, y junto a él se construyó una basílica y no lejos un teatro. En una zona más marginal, hacia el nordeste pero dentro del recinto amurallado, se construyó el hipódromo, cuyas dimensiones eran de 230 por 60 metros.